



ANTONIO CHÁPULI NAVARRO

NIEBLAS DE OTOÑO

(POESÍAS ORIGINALES)

PRÓLOGO

DEL

EMMO. SR. CARDENAL BENLLOCH

ARZOBISPO DE BURGOS



DCC
A

NIEBLAS DE OTOÑO

t. 177054
C.

ANTONIO CHÁPULI NAVARRO

NIEBLAS DE OTOÑO

(POESÍAS ORIGINALES)

PRÓLOGO

DEL

EMMO. Sr. CARDENAL BENLLOCH

ARZOBISPO DE BURGOS



1925

IMP. DE RAFAEL Y. DE ALDECOA

BURGOS

ES PROPIEDAD. QUEDA
HECHO EL DEPÓSITO QUE
PREVIENE LA LEY.

Al lector:

Yo no sé, lector amable, si al terminar el examen de estas líneas, que ahora comienzan y pronto van a concluir, te quedarás perplejo y, al fin, te preguntarás: *¿Historia o prólogo?*... Quizá fuera cabal juicio, y permite que me adelante al tuyo, tomarlas como *historia* de una íntima amistad, que pasa a la categoría de *prólogo* de un libro; y aún añadiría, que es, sin duda, esa *historia-prólogo* la causa y hasta la razón del libro *Nieblas de Otoño* que tomas en tus manos, ávido de hojearlo hasta el final.

Confesamos no ser Nuestro ánimo el detenerte, como en un atrio, con la calendada historia; pero como ella explicará, a la vez, la razón a que aludimos, creemos imprescindible rogarte algún momento de espera.

Una de las primeras amistades que trabamos, apenas Nos posesionamos de esta histórica y gloriosa Sede Burgalesa, fué con el Ilmo. Sr. Delegado de Ha-

cienda de la Provincia, D. Antonio Chápuli Navarro. Es cierto, que así como no se dan reglas para la invención de los pensamientos, según nos enseña la Preceptiva Literaria, tampoco las hay para buscar y encontrar la simpatía, que nace tan misteriosa como espontánea; y casi siempre, a la manera del aire que, según dijo el poeta, provoca la correspondencia, las simpatías y antipatías suelen ser mutuas. Pero no cabe duda que la semejanza de pensar y la de sentir, es terreno abonado para que brote y crezca la simpatía, cuyas flores de afecto perfuman la vida. ¿Dónde, cuándo, por qué dos almas se compenetran? He ahí un misterio...

Inclinado Nos, por convicción y altas razones, a un trato afectuoso con cuantos comparten las graves responsabilidades del poder y de la dirección de los pueblos, hubimos de tenerle singularmente cariñoso, desde las primeras entrevistas, con el autor de este libro.

Recto en su manera de pensar y no menos en el cumplimiento de sus deberes, emprendedor y generoso, efusivo en su sentir y cumplido caballero, probado ya en su larga carrera por su ejemplar laboriosidad, notable competencia y limpio historial, pronto la mutua amistad fué penetrando en los corazones, ligándolos en firme afecto. El trato frecuente, iniciado y repetido por la común condición de levantinos, pú-

sonos en trance de departir cariñosamente sobre los problemas palpitantes de la vida, comenzando acaso la conversación por cuestiones de la competencia del Sr. Delegado y terminando en esos temas inacabables, sin fin y sin objeto, pero en los que se vuelca el corazón y se descansa de las fatigas de la vida. Tomando el hilo de la Hacienda pública y de los principios económicos, bien pronto abríanse amplios resquicios al mundo de la imaginación y del arte; y del corazón del amigo subían felices inspiraciones que, al pasar por la mente, cubríanse con lujosos atavíos de una imaginación fresca y ardiente, que hubo de colorearse desde la infancia con la fúlgida luz y ricos matices de la costa levantina.

Y este trato fué desplegando a mi vista, día tras día, las muchas facetas del culto espíritu de mi buen amigo. A más de competente funcionario de la Hacienda pública, aunque parezca paradaja, era también cultísimo literato y eximio poeta. Dijolo *Revista Cantabra* al pie de una ingeniosa caricatura del señor Chápuli, en su sección «Genté conocida»:

«Con su ingenio y su valía
consiguió amigas hacer
a la Hacienda y la Poesía,
que no se podían ver.»

Ya hay de ello ejemplos insignes en nuestros días; y como ilustre investigador de archivos y de noticias

históricas, brilla en nuestra ciudad D. Domingo Hergueta, que presta sus servicios en la misma Delegación: los hay también en la época del Renacimiento, cuando el Arte y la vida viéronse iluminados por noble fulgor de generosa idea, como ocurre en Leonardo de Vinci, matemático y pintor insigne; en el coloso Miguel Angel, Rafael Sanzio y otros mil. Aún reconociendo la desproporción, cerca de nosotros ha vivido Echegaray, enamorado de las fórmulas matemáticas y de la vulgarización científica, pero creador, asimismo, de una copiosa producción literaria, aunque discutida por sus procedimientos y tendencias.

Aficionado Nos siempre a las Letras y las Bellas Artes, oía con gusto al amigo recitar fragmentos poéticos, de tiempos pasados tal vez, pues el Sr. Chápuli Navarro comenzó hace bastantes años a mover el plectro; o bien poesías inspiradas por circunstancias de momento, por actos, en los que iba unida con la nuestra su intervención amigable y alentadora. Vi, desde luego, en su poesía—y creo que el lector lo encontrará también—lo que dijo ya D. Andrés Mellado, ministro que fué de la Corona, prologando un libro escrito por el señor Chápuli a la edad de veinte años: que sus versos eran *pintura que se mueve y música que piensa*.

En efecto, la *vis poética*, que es don del alma e inspiración inquieta de lo alto, ha mantenido en el Sr. Chápuli afición viva y constante a cultivar todos los géneros literarios. Artículos periodísticos intencionados y vibrantes, el género humorista, cuentos, novelas, comedias... En todo ha puesto mano con no escasa fortuna. Han solicitado su colaboración importantes diarios y revistas ilustradas, que publicaron sus diversas poesías. Las hay tan delicadamente inspiradas como *Una lágrima*, tan felices y patrióticas como *Andalucía*, tan tiernas como *Contrición y Flores de ausencia*. Todas ellas son impecables en cuanto a la forma, y corre por las estrofas pletórico sentimiento e innegable inspiración. Varias están escritas al volar de la pluma, aunque, por lo general, los pensamientos de que están tejidas hayan sido el producto de una serena meditación; otras son un comentario, que el poeta necesita hacer a solas con su espíritu, de lo que ven los ojos, de la vida que pasa incitante y arrebatadora.

Otra de las cualidades del Sr. Chápuli Navarro, es la facilidad. Algunos epigramas fueron hechos, cediendo a galante caballería; otros, respaldando el menú de un banquete; otros, en circunstancias parecidas. Cuando era muy joven el Sr. Chápuli, hizole secretario particular suyo el eminente político,

a la sazón Ministro de Fomento, D. Carlos Navarro Rodrigo. Al pedirle cuenta, cierto día, por no haber acudido puntualmente al despacho, el Sr. Chápuli pretextó que estaba escribiendo una novela. Receloso su ilustre deudo y jefe, dijole que le presentase al día siguiente lo que tuviera escrito. Chápuli salió del compromiso, escribiendo aquella misma noche siete capítulos de la imaginaria novela. Encontrándose en Manila, donde había trabado estrecha amistad con don Pedro Groizard, siendo ambos jóvenes festivos colaboradores de revistas y periódicos, el Sr. Groizard, inesperadamente, fué llamado a la Península; y en la cena de despedida (el vapor partía a la mañana siguiente a las diez), Groizard y Chápuli convinieron en hacer, por mitad, ciento veinte semblanzas, en verso, de las personas conocidas y relacionadas de sobremesa. Medió una apuesta, que no fué perdida por ninguno de los dos, pues a la hora convenida, ocho de la mañana, entraba el Sr. Groizard en el domicilio de Chápuli con sus cuartillas, que leyó mientras examinaba el otro las de su colaborador. Las semblanzas se recogieron en un libro titulado *Ellas y ellos*, que en rigor fué escrito en una noche, y tuvo gran éxito, pues se agotó en cuatro días una edición de tres mil ejemplares.

De ese libro es el siguiente boceto, que traza y hace adivinar al lector una figura muy conocida entonces de la sociedad manilense:

«Lector: si quisieres
ver bien a este mozo,
tienes que valerte
de un gran microscopio.

Chiquita es su talla,
chiquito su rostro,
y es de los alféreces
de talla el más corto.

Duerme dentro de una
cajita de fósforos,
en un dedal bebe,
y un sastre conozco
que, de cualquier prenda
de uno de nosotros,
le saca diez trajes
y le sobra un poco.»

Al recorrer este libro de versos, apreciará el lector que la inspiración, la materia elegida, el acierto poético, es igualmente feliz en todas las composiciones: algunas acaso ganarían con una ligera revisión en el fondo, que en nada afecta a la pulcritud de la forma. El autor ha tenido en esto su criterio, y él asume los derechos y las responsabilidades de su paternidad literaria. Asimismo, el libro podría haber resultado más voluminoso, dando cabida a otras meritísimas composiciones, perdidas entre el fárrago de revistas donde el Sr. Chápuli Navarro colaboró con tanta asiduidad.

Avalora estas páginas un precioso dibujo de Marceliano Santa María. Es un retrato a pluma, comple-

mento artístico de una semblanza que, en ocasión memorable, Nos fué dedicada por el autor de este libro. Dibujo y soneto son dignos de tan eximio pintor y de tan inspirado poeta, a los que Nos complacemos rindiendo aquí público testimonio de gratitud.

Sólo añadiré, para terminar, que al preguntarle en nuestras conversaciones por algunas poesías o artículos literarios que reputaba dignos de conservarse, como me dijese que su labor andaba dispersa por periódicos y revistas, y que muchas se habían extraviado, temí ocurriera otro tanto con varias de las que el autor ha recogido en estas páginas.

Fué entonces cuando nació la idea de publicar un volumen de versos, para que el olvido no hiciera con las poesías de mi amigo lo que el viento otoñal con las hojas mustias y secas. Pidiómeme entonces un prólogo el Sr. Chápuli, y no pude negarme a ello; pues creí podría exigirlo en nombre de una amistad, que va durando tantos años cuantos llevo al frente de mi amadísima diócesis Burgense, y espero dure en lo sucesivo con sincera lealtad.

Así han sido escritas estas líneas, como *prólogo* y al mismo tiempo como *historia* de una amistad efusiva y cordial.

✠ JUAN, CARDENAL BENLLOCH Y VIVÓ,

Arzobispo de Burgos

Ofrenda

a mi muy amada esposa

Entre un montón de amarillentas bojas,
bojas humildes que arrebató el viento,
recojo aquí, de mi labor dispersa,
cuanto tiene el perfume de un recuerdo.

Vanas quimeras de mis años mozos
que desvanece el huracán del tiempo,
trocando la ilusión y la alegría
en la tristeza de sentirme viejo.

Por tí las guardo con amor de padre,
y ya que fuiste musa de mis sueños,
acepta el libro en que verá tu alma
temblar su imagen en mis pobres versos.

A. Chápuli Navarro

DE MI GESTA SENTIMENTAL



Amores de ensueño ⁽¹⁾

Para una melodía de Haendel

La fiesta es hermosa. Cien focos vibrantes
inundan la estancia de espléndida luz...
Es fiesta en que triunfan amor y alegría,
divino tesoro de la juventud.

¡Flores y mujeres!... Entre las más bellas
hay una que asiste por primera vez.
Es casi una niña. Sus blondos cabellos
encuadran el cielo de su linda tez.

La musa de un genio, en notas sublimes,
desgrana en las teclas el ritmo de un vals...
Un joven apuesto se acerca a la niña,
y, tendiendo el brazo, la invita a bailar.

(1) Esta composición, escrita para una fiesta a beneficio de la Cruz Roja, fué magistralmente recitada por Consuelito Solano. El aplauso con que premió el público el arte exquisito de esta encantadora señorita, me obliga a rendirle aquí este homenaje de gratitud.

Entre las cadencias del vals delicioso
escucha la hermosa promesas de amor,
que, al ser las primeras que alegran su vida,
tienen un perfume de intensa emoción.

El idilio es breve... Empieza y acaba
al morir temblando las notas del vals,
notas que en el alma de la hermosa niña
suenan a preludio de marcha nupcial.

.....
Termina la fiesta de amor y alegría
donde fué la niña por primera vez,
cuando ya en el cielo sonríe la aurora
que anuncia el encanto de un amanecer.

Es albor de amores, y al claro de luna,
que baña su frente de pálida luz,
la niña es dichosa, porque ella no sabe
que sufre quien ama dolor e inquietud.

No sabe tampoco de aquellos que lloran,
buscando en sus cuitas de amor ideal
el hilo invisible de plácido ensueño
por donde las almas transmiten su afán.

Y pasan las horas... Volarán los días
sin que acaso nadie responda a este amor,

y la linda rubia seguirá esperando
que llegue el que inspira tan bella ilusión.

Mas si así es dichosa, mejor es que ignore
si es su amor quimera o si es realidad...
¿A qué despertarla de su hermoso sueño?
¡Dejadla que espere!... ¡Vivir es soñar!





Flor del Romero

A sí en la aldea llaman, por su hermosura,
a quien era la envidia de las mujeres,
y un zagal la adoraba con la ternura
de un alma en que anidaron santos querer.

Bajo un sol calcinante, sol de Castilla,
o entre la nieve juntos, año tras año,
ya para el rapazuelo fué Marujilla
la cordera más mansa de su rebaño.

Y avaro de su alegría,
cantando el zagal decía:

«Corderilla que corres
por la ribera;
no te me descarríes
entre las breñas.

Abre los ojos,
que, escondido y hambriento,
te acecha el lobo».

Y fué pronto Maruja, por su belleza,
imán de los deseos embriagadores
de un galán que manchaba su gentileza
mintiendo a la zagala castos amores.

Y al caer la paloma, bajo el señuelo
de un amor que envolvía falsa promesa,
el milano alevoso tendió su vuelo
buscando en otros campos su nueva presa.

Y el que de pena moría
tristemente repetía:

«Corderilla que saltas
entre las breñas;
aunque al rebaño tornes
con tus ovejas,
no hallarás modo
de que sane la herida
que te hizo el lobo».

*
*
*

Ya no es pura ni alegre «Flor del Romero»,
flor humilde agostada por el hastío,
y es su vida sin honra triste sendero
por donde va arrastrando su duelo impío.

Al huir aquel hombre que quiso tanto,
llora su amor perdido, sin esperanza,
y no brillá en sus ojos, ni hay en su llanto
la tragedia sublime de la venganza.

Y el zagal, que aún la quería,
en vez de cantar, plañía:
«Corderilla que lloras
amargas penas;
el galán que tú buscas
ya no te espera.-
Contigo lloro...
que con tu honor... ¡mi vida
se lleva el lobo!»





Lo que es una lágrima

Imitación de Byron

Cuando el amor casto y puro
su fuego enciende en el alma;
cuando agita nuestro pecho
una emoción dulce y grata,
no asoma al labio la risa,
sirena que acaso engaña;
pero brilla en nuestros ojos,
pura, cristalina, diáfana,
de nuestra emoción el signo,
perla del cielo, *una lágrima.*

Reir cuando el alma goza,
cuando quiere, cuando ama,
no es el lenguaje sublime
que la pasión nos arranca.
¡Ay, cuántas veces la risa
es la artificiosa máscara
con que el hipócrita oculta,

implacable, fiera saña!...
Sólo es grande nuestra dicha
cuando la expresa *una lágrima*.

La Caridad, que de un trono
desciende a nuestra morada
con la ternura infinita
que a los buenos acompaña;
hija del cielo, que presta
bálsamo divino al alma,
que acude a borrar solícita
las huellas de la desgracia,
allí brilla más hermosa
en donde brilla *una lágrima*.

El nauta que altivo cruza
el mar en fiera borrasca,
cuando va a dejar el puerto
donde le espera su amada,
y entrega al airado impulso
del viento, la vela blanca,
con fervor dirige al cielo
melancólica mirada,
mientras que rueda al abismo
de sus ojos *una lágrima*.

El guerrero que a la muerte
desafia en la batalla,

por el laurel seducido
de una gloria imaginaria,
cuando un valiente enemigo
sucumbe y cae a sus plantas,
se despierta su ternura,
al desgraciado se abraza
y deposita en su herida
el bálsamo de *una lágrima*.

Y ese guerrero, que acaso
ahoga en la lucha el alma,
cuando torna venturoso
al lado de su adorada,
de su fiereza se olvida,
arroja al suelo las armas,
y al verse junto a la hermosa,
que es el imán de sus ansias,
los labios posa en sus ojos
en donde brilla *una lágrima*.

¡Mansión de paz y ventura,
hogar de mi madre santa,
donde hicieron sus caricias
volar mis horas tan rápidas!...
Yo te dejé con tristeza,
pueblo mío, dulce patria,
y al dirigirte mi última

melancólica mirada,
nubló el cristal de mis ojos
el rocío de *una lágrima*.

Cuando el alma alce su vuelo
a la mansión de las almas,
y el cuerpo devuelva al polvo
la humilde prenda prestada,
si pasáis un día cerca
de mi tumba funeraria,
sobre las frías cenizas
que guarde la muerte airada,
dejadme de vuestro paso
el recuerdo en *una lágrima*.

Pero que entonces mi tumba
no brille en mármol labrada;
no quiero rico sepulcro
que la vanidad levanta
en el lugar de la muerte
donde el orgullo no acaba.
Nó quiero emblemas mentidos,
ni quiero glorias livianas...
Yo, para entonces, al mundo
tan sólo pido *una lágrima*.





Estrellas, flores, mujeres

Cual flores del cielo, brillantes estrellas
tan puras, tan bellas,
al mundo sus rayos envían amor,
y al alma que sueña le brinda consuelo
un ángel divino que habita en el cielo
en forma de estrella de tibio fulgor.

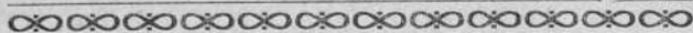
Estrellas del prado las mágicas flores,
sus vivos colores
nos dan la alegría de un plácido edén;
y aunque es en la tierra fugaz su reinado,
sonríen dichosas, teniendo en el prado
su amor y su vida, su encanto y su bien.

Estrellas del alma, del alma las flores,
nos brindan amores
las castas doncellas de encantos sin fin;
porque es cada una la flor misteriosa

de luz apacible, la estrella amorosa
que guía las almas a un mundo feliz.

Estrellas, y flores, y castas doncellas
tan puras, tan bellas,
hermanas queridas sin duda serán,
cual perlas brillantes que forma el rocío,
cual ondas sonoras de mágico río,
cual notas iguales de un mismo cantar.





Sombras de ocaso

Pobre don Juan!... Cuando en la edad florida
pudiste blasonar de altivo y fuerte,
la estéril vanidad llenó tu vida,
esclavo del error hasta la muerte.

Y ya vencido, al fin, espada rota
en los azares de una lucha artera,
sientes el amargor de la derrota
sin salvar el honor de la bandera.

¡Has vivido de prisa!... Tan de prisa,
que de tu altivo gesto y de tu brío
sólo queda en tu labio una sonrisa
mezclada entre las hieles del hastío.

Esa es la herencia que una vida ociosa
ofrece a tu vigor cuando flaquea,
cuando en tu frente escuálida y rugosa
el níveo sello de la edad blanquea.

En la abyección senil, donde ha caído
de tu grandeza la ficción menguada,

sólo resta del tronco carcomido
la sombra de una estirpe infortunada.

Y al evocar el culto a los placeres
donde inmolaste el alma corrompida,
piensas que oran por ti tantas mujeres
como ensueños de amor forjaste en vida.

Dura es tu expiación... Enfermo y triste
el que fué un tiempo grande y poderoso,
ya, por tu mal, sólo en el mundo existe
la visión de un pasado borrascoso,
de un porvenir incierto
que no tendrá para el anciano muerto
¡ni siquiera un entierro decoroso!

¡Es tu obra!... No llores. La flaqueza
ante la adversidad de tu destino
mancharía de oprobio tu grandeza.
Sigue animoso el áspero camino,
infundiendo en tu espíritu sereno
valor que calme tu inquietud creciente.
¡Quien vivió, como tú, sin ley ni freno,
necesita morir como un valiente!

Si en tu hora postrera
tiene que ser tu confesión sincera,
háblame sin temor... Soy un vencido,
como tú, ni vulgar ni rencoroso...
De corazón a corazón herido

quiero hallar en tu pecho generoso
anhelos de perdón, ansias de olvido.

Quiero ver en tu enérgica hidalguía
y en tu desdén al golpe que te abruma,
reflejos de mi plácida ironía...

Algo del cisne que, cantando, muere,
y algo también del tronco que perfuma
el hacha que le hiere.





El dolor de vivir

El libro del destino,
impenetrable, misterioso, austero,
nos marca fatalmente el derrotero
que el hombre ha de tomar en su camino.

Y se llega más tarde o más temprano,
según el ritmo que el impulso mueve.

Para el que sufre en su existencia breve
toda la gama del dolor humano,
es larga en tiempo y corta en la distancia
porque un segundo al alma dolorida
deja en ella más honda resonancia
que de necio placer toda una vida.





Flor de juventud

Si mi pluma tuviera, para pintarte,
los primores y notas que presta el arte,
siendo bella y graciosa, pura y discreta,
¿qué mayores encantos para un poeta?

Si en ti se desbordara mi fantasía,
¡válgame Dios las cosas que te diría!...
Te dijera, criatura gentil y hermosa,
linda, fresca y lozana como la rosa,
que a las tempranas flores de los pensiles
dan envidia y enojo tus veinte abriles;
que al rozar tu carita la brisa leve,
la esmalta con matices de rosa y nieve;
que eres tú de ternura raudal fecundo,
la chiquilla más buena que hay en el mundo.

¿Qué más quieres, criatura gentil y hermosa,
linda, fresca y lozana como la rosa?

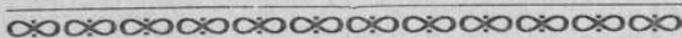
.....

Si estos signos de afecto traza la mano
del que sólo te quiere como un hermano,
¿qué te dirá algún día, flor de las flores,
quien se abraza en la llama de los amores
y logre de tu pecho robar la calma,
avaro del tesoro que encierra tu alma?...

¡Oh, dichoso el que deje con embeleso
en tu frente de virgen tímido beso!

Él será quien aprecie lo que tú vales
al saber que es la envidia de los mortales.
Y él será el que te cante, sencillo y tierno,
del amor de los dioses el canto eterno.





Nubes de estío

Eras tan bella y mi fervor tan grande
que en ti mi vida y mi ambición cifraba,
creyendo ciegamente en el cariño
y en la fe que tus labios me juraban.

Egoísta, impulsivo, apasionado,
como todos los hombres de mi casta,
sintiéndome inferior a tu valía,
te elegí hermosa y te adoré por santa.

Mas un día la sombra de los celos
clavó en mi corazón la hiriente garra,
y ofuscado, febril, sentí el impulso
del golpe criminal con que se mata.

¿Fuí cobarde?... Tal vez, y por mi suerte,
vino a inspirarme la divina gracia,
arrancando del pecho dolorido
el áspid que mi vida emponzoñaba.

.

¡Bendito el ángel que, en aciago día,
supo trocar la tempestad en calma,
oponiendo a mi loco desvarío
inocencia y virtud inmaculadas!

¡Y bendita mil veces mi fortuna
que ofrece a la ilusión y a la esperanza,
en vez de las torturas del infierno,
la paz dichosa que disfruta el alma!...





Tu voluntad es mi ley

En la primera hoja de un álbum

Me inclino a tu decisión
y soy con gusto el primero
que en ti busque inspiración,
por lo mismo que te quiero
con todo mi corazón.

A no ser tan obediente,
mi humildad respetaría
este sitio preferente,
donde figurar debía
un escritor eminente.

Y confieso sin rubor
que sólo acepto este honor
en calidad de marido,
por haberlo concedido,
más que al mérito, al amor.

Abnegada y cariñosa,
adiviné en tu ternura
fervores de amante esposa...
Por eso el alma afanosa
te buscó en su desventura.

Y halló en ti la verdadera
fuente del hondo sentir
y de la virtud austera.
¡Con tan linda compañera
es un encanto vivir!

No hay pluma ni inspiración
que de tu bondad preclara
halle la justa expresión...
¿Ves cuán hermosa es tu cara?
¡Pues lo es más tu corazón!

Sólo a tu hogar consagrada
y por todos bendecida,
flor para mi tan preciada,
eres, esposa adorada,
el oasis de mi vida.

Y resignado y gustoso
con el papel poco airoso
que hoy la suerte me destina,

seré ujier respetuoso
que levante la cortina.

Vengan, pues, como yo ansío,
otras plumas de más brío,
y que en forma rica y varia
ofrenden al amor mío
una joya literaria.





Flores de ausencia

Tiene en mi alma su sagrado templo
la imagen de tu amor y tu hermosura,
y en sueños la contemplo
entre nimbos de plácida ventura.

Tú que sabes leer lo que yo callo
cuando palabras no hallo
para expresar lo que en el alma siento,
no olvides que ni tiempo ni distancia
borrarán de mi pobre pensamiento
el recuerdo feliz de nuestra infancia.

Si tu promesa es fiel, en la memoria
graba mi obscuro nombre en cifras de oro.
Piensa que de tu amor la eterna gloria
es la gloria que adoro,
y que la flor sencilla que hoy te envió
lleva en su tierno cáliz los ardores
de un casto beso mío,
emblema de mis férvidos amores.



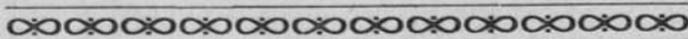
Nunca olvida el que bien ama

Cuando perdí su amor, ¿a qué negarlo?
creyendo que la vida me arrancaban,
lloré con el amargo desconsuelo
del que pierde su bien y su esperanza.

No cierra el tiempo la profunda herida
que abrió en mi pecho una mujer ingrata,
matando en flor una ilusión risueña
en que cifré mis juveniles ansias.

Con la perjury huyeron mis afanes,
mi alegría, la gloria en que soñaba,
sin que un descanso bienhechor responda
a mi ferviente anhelo de olvidarla.

Y flota entre las sombras de mi espíritu
la imagen de mi triste remembranza,
a la que rinde culto el pensamiento
para martirio eterno de mi alma.



Las ilusiones

(ALEGORÍA)

A LUISÍN PÉREZ-MOLINER

Para que el ejemplo mío
quede siempre en tu memoria,
oye la sencilla historia
que a tu inocencia confío.

I

Como ninguna preciosa,
encanto del nuevo día,
entre zarzales lucía,
pura y lozana, una rosa.

El céfiro con sus alas
meció su verde capullo,
y ella se alzó con orgullo
luciendo sus ricas galas.

Dando a los prados enojos,
divina y encantadora,
como entre nubes la aurora,
así brillaba entre abrojos.

Ella encerraba primores,
tesoros de su existencia,

gratos perfumes su esencia,
sus hojas vivos colores.

Para que más su atavío
lucir pudiese la rosa,
dió a su corola preciosa
rica diadema el rocío.

Al contemplar su hermosura
todos cogerla quisieron,
mas al punto comprendieron
su imprudencia y su locura.

Porque rosa tan pulida,
imán de necios antojos,
buscó entre zarzas y abrojos
la defensa de su vida.

Así, con gala preciada,
luciendo su gallardía,
la flor de ilusión mecía
su corola perfumada.

Y el reinado de su orgullo
cantaron alegremente,
con sus murmullos la fuente
y el ruiseñor con su arrullo.

II

Absorto ante el casto aliño
de flor tan pura y brillante,

hacia la rama al instante
tendió sus manos un niño.

Con la lujosa riqueza
de su hermosura cegado,
no pudo ver a su lado
las zarzas y la maleza.

Así al capullo lozano
tendió la mano afanosa;
pero sacó, sin la rosa,
ensangrentada la mano.

Y en tan horrible tormento,
para aumentar sus congojas,
vió que de la flor las hojas
volaban presa del viento.

Deshecha entonces la gloria
que antes formara su encanto,
vertió el niño amargo llanto
de la flor a la memoria.

Y la rosa deshojada,
sin aroma y sin belleza,
entre la tosca maleza
quiso quedar sepultada.

Y el término de su orgullo
lamentaron tristemente,
con voz sentida la fuente
y el ave con tierno arrullo.

III

Esta es la sencilla historia
que yo a tu candor confío,
para que el ejemplo mío
lo guarde fiel tu memoria.

En el loco devaneo
que a los placeres incita,
muchos quebrantos evita
quien reprime su deseo.

¡Ay del que a sueños mentidos
entrega el alma inconsciente,
aunque los vea la mente
en el porvenir cumplidos!

Porque siempre, en nuestro daño,
aún con venturosa estrella,
hiere la ilusión más bella
la espina del desengaño.

No comprende el que se lanza
tras de un loco devaneo,
que donde llega el deseo
rara vez la fuerza alcanza.

Y el que, en ciego desvarío,
verlo alcanzado creyó,
pronto en el alma sintió
la amarga hiel del hastío.

.

No busques dicha entre abrojos,
como el niño de aquel día,
que ya pagó la osadía
con lágrimas de sus ojos.

Y puesto que es la ilusión
una realidad fingida,
que sólo inspire tu vida
la musa de la razón.



SONETOS



Contrición

(Ante un retrato de mi ahijadita)

Capullito gentil, bella criatura,
albor de vida y bendición del cielo:
sé tú del alma terrenal consuelo,
bálsamo que mitigue mi amargura.

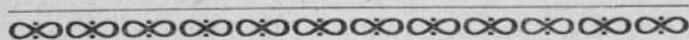
Si al contemplar aquí tu imagen pura
en la virtud y el bien cifro mi anhelo...
¡haz que no me atormente en mi desvelo
el error que labró mi desventural

Quiero ampararme en tu oración sencilla
para que Dios otorgue su clemencia
a quien la frente, ante su altar, humilla.

Y quiero saturarme de inocencia
para llegar tranquilo hasta la orilla
del proceloso mar de mi existencia.



M. Santa Maria
1925



El Cardenal Benlloch

Levantino de recia contextura,
alma de artista y corazón ardiente.
Es la grandeza el adecuado ambiente
de esta noble y simpática figura.

Estaba donde está, siempre en la altura,
luchando con fervores de creyente;
que el nimbo de la gloria está en su frente
más que en la egregia y santa vestidura.

Quiso en él la Divina Providencia
fundir en haz de mágica armonía
fortaleza y bondad, virtud y ciencia.

Lleva en el alma fe, luz, alegría...
y vibran en su cálida elocuencia
los fulgores del sol del Mediodía.





Mi postal para el soldado

A los mártires de Monte-Arruit

Cuando esa turba vil y traicionera,
oculta en el breñal, os combatía,
en vuestro noble corazón ardía
todo el coraje de la raza ibera.

Más que el zarpazo de la chusma fiera
os venció la traición, la felonía...
¡Os lo ha dicho, vibrante de energía,
en un grito de amor España entera!

Venga el cincel que fije en la memoria
la visión de un martirio sin ejemplo,
para eterna enseñanza de la Historia.

La piedad, el dolor y el patriotismo,
de vuestra tumba harán sagrado templo
donde se rinda culto al heroísmo.



Ante un retrato

Sincero admirador de tu belleza,
pedí en vano al pincel, gloria del arte,
que en notas y primores, al copiarte,
agotara su espléndida riqueza.

Prodigio tú de gracia y gentileza,
¿qué atractivo el pincel pudiera darte
para quien su ideal es admirarte
tal como te formó Naturaleza?

Apenas vió el pintor en tu persona
la frágil envoltura que escondía
un corazón que veleidad pregona.

Y aunque ya tus engaños conocía,
ceñí a tus sienes la triunfal corona
de una ferviente y ciega idolatría.





Lo preferible

Cuando rendí a tus pies, humildemente,
mi juventud, mi amor y mi albedrío,
con firme obstinación halló el desvío
la eterna lucha de mi afán doliente.

Ciego cuando te miro indiferente,
no comprende mi loco desvarío
que no puede prender en mármol frío
la intensa llama de un amor ardiente.

Antes que impura fe, mujer ingrata,
la obstinación de tu desdén prefiero
que el valor de mis penas aquilata.

Duros quebrantos en la vida espero,
pues aunque sé que tu desdén me mata,
cuanto más me desdeñas más te quiero.





Triste consuelo

Enfermo estoy, mi bien, y quiero verte
antes que llegue al fin de mi existencia.
Ven, por piedad, y borre tu presencia
la visión espantosa de la muerte.

Resignado sufrí mi adversa suerte,
víctima de tu impúdica demencia,
y en secreto me dice mi conciencia
que mi mayor pecado fué quererte.

Martirio de mi amor, vuelve a mi lado,
y hasta que apagues de mi vida el fuego
mitiga este dolor desesperado.

Aunque me engañes, llora: te lo ruego.
Con tu remordimiento estoy vengado,
y no te digo adiós, sino ¡hasta luego!...





El ángel dormido

Para Amalita Pérez-Moliner

Duerme, nenita hermosa, que yo velo
contemplando tu cara sonriente...
Quien hoy mece tu cuna dulcemente
es tu amiguito fiel, casi tu abuelo.

Es el que pide con fervor al cielo
que derrame su luz sobre tu frente,
y al acercarse la vejez doliente
busca en ti la esperanza y el consuelo.

¡Duerme, ángel mío, duermel... Mi ternura
te ha de dar en la vida que te espera
por musa de tu sino la ventura.

Y en la plegaria que hasta el cielo sube
hoy pondrá tu padrino el alma entera
para arrullar tu sueño de querube.



Amor que empieza...

A una novia gentil

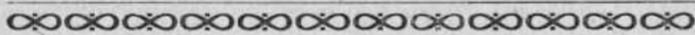
Hoy que un hombre feliz, de amor rendido,
te ofrenda en el altar su culto ardiente,
a tu hermosa ilusión brinda el presente
alegre cuna en tu amoroso nido.

Para el día que caiga en el olvido
tu juvenil belleza sonriente,
procura ornar tu luminosa frente
con la aureola del deber cumplido.

¡Avecilla de amor, gentil criatura,
haz de tu esposo admirador eterno
de la virtud, que es fuente de ventura!...

No olvides que el amor tiene su invierno,
y en hogar sin afecto y sin ternura
el hastío es sinónimo de infierno...

NOTAS DISPERSAS



Capullos de mi rosal

Para mi sobrina predilecta

Estoy asombrado al ver
ese cambio radical,
pues la chicuela que ayer
fué un capullo de mujer,
es hoy señora formal.

Con el alma hecha pedazos
te vimos partir un día,
presa en amorosos lazos...
¿Quién si no el amor podría
arrancarte de mis brazos?

Fué premio bien merecido
la alegría con que vi
tu acierto al formar el nido,
porque tienes el marido
que yo soñé para ti.

Aún parece que fué ayer
cuando esmaltaban tu risa
auroras de rosicler...
¡Has pasado muy de prisa
de colegiala a mujer!

Después de esa nena hermosa
en quien cifras, amorosa,
tu ilusión y tu cariño,
hoy el encanto de un niño
colma tu dicha de esposa.

Teniendo un marido fiel,
nada falta en el vergel
de tu juventud florida...
¡Los dos cruzaréis la vida
en plena luna de miel!

Si el fruto de bendición
copia tu excelsa beldad,
ofrécele en galardón
el tesoro de bondad
que encierra tu corazón.

Queréndolo como a ti,
flor primorosa y temprana,
seré lo que siempre fui
y el muñeco hará de mi
lo que le dé la real gana.

Si véis al niño perplejo
por falta de un buen consejo,
se lo daré con cariño.
¡Siempre aprende mucho un niño
en la experiencia de un viejo!

Yo le enseñaré a vivir,
a pensar y a discurrir
como un hombre equilibrado,
que en la visión del pasado
se vislumbra el porvenir.

Será un hombre de talento,
y si el bizarro doncel
aguza el entendimiento,
¿quién va a disputarle a él
la cartera de Fomento?

Oyendo vaticinar
sé que me váis a decir
que no hago más que soñar...
¡Siempre es bueno imaginar
un risueño porvenir!

Y teniendo al por mayor
salud, dinero, alegría,
sólo falta que el Señor
os conserve el buen humor...
¡Pedir más es gollería!



El inválido

Alma de recio temple castellano,
enjuto y sobrio, de valor sereno,
que al ofrendar su vida por la patria
es del dolor un hijo predilecto.

¡Fué por España!... De su sangre móza
hizo derroche con viril denuedo,
lanzándose a morir como un valiente
el pobre Juan Soldado, alma del pueblo.

.
Sobre la fría losa, de rodillas
junto al sombrío pórtico del templo,
para implorar la caridad cristiana
la gorrilla dejó puesta en el suelo.

Su voz conmovedora es un gemido
de su doliente y angustiado pecho...
Pasa en tropel la gente de la aldea
y, ante el dolor, se inclina con respeto.

Rotos para él los maternas lazos,
 en la lucha encontró su sino adverso,
 y trajo, por laureles de victoria,
 el alma triste, mutilado el cuerpo.

Desvalido, sin pan, sin alegrías,
 el mísero labriego
 vive entregado a la encrespada furia
 del ancho mar de su infortunio eterno.

Truncada en flor su juventud briosa,
 salvó una vida el cirujano experto,
 vida estéril que deja, entre sollozos,
 a la honrada labor dos brazos menos.

La patria, de sus héroes orgullosa,
 no dió al soldado el merecido premio,
 y el que fué mártir del deber cumplido
 pondrá sus esperanzas en el cielo.

.

¡Fué por España!... Símbolo glorioso
 es de la raza el infeliz labriego
 que, ajeno a la ambición, ofrece al mundo
 de virtud y de honor tan alto ejemplo.





A una pecadora

Idolo fuiste de amorosos padres,
eras orgullo de benditos hijos,
reverenciada esposa del esposo.

¡Quién fué, cual tú, feliz!...

Hoy de tus propios padres maldecida,
madre de quien sus hijos se avergüenzan,
esposa que vendió la fe jurada,
¿cómo puedes vivir?

Ayer, con tu aureola de virtudes,
eras rico florón de dos familias,
y te creía, fascinado, el mundo
un ángel de bondad.

Hoy que sabe tus torpes liviandades,
su error no te perdona, y donde quiera
con vengadora furia te proclama
un monstruo de maldad.

De hija, madre y esposa la diadema
ceñías a tu frente, y en un día

esa triple corona, deslustrada,
se cayó de tu sien.

Cuando el ángel de luz rodó al abismo
no cayó de más alto, y el recuerdo,
genio de las tinieblas, será siempre
tu torcedor cruel.

Si alguna vez despierta tu conciencia
y a los abismos lóbregos sin fondo,
desde su altura excelsa, Dios te envía
algún rayo de luz,
sabrás ya que el castigo del malvado
no empieza en la otra vida, y que en el mundo
su expiación tiene el crimen, como encuentra
su premio la virtud.

Nosotros decidimos nuestra suerte.
La dicha y la desdicha, como sombra,
eternamente a la virtud y al vicio
siguiendo van en pos.

No acrescites tu daño, que si empieza
una vida inmortal cuando morimos,
sin sufrir, y llorar, y arrepentirte
jamás tu culpa encontrará perdón.





Injusticia social

Víctima Juan de la traición infame
de una mujer en quien cifró su encanto,
la injusticia social clavó su nombre
en la picota del temido escarnio.

La honra del hogar vive ignorada,
y el deshonor, en cambio,
cual vil engendro que envenena el aire,
corre veloz como encendido rayo
y se ceba en la víctima inocente
por las ajenas culpas execrado.

Hijos, hogar, afectos... ¡nada importa!
Lo esencial es poner un nombre a salvo,
aunque al hacerlo inunden el espíritu
todas las sombras del dolor humano.

Cumplióse, al fin, lo que el deber impone
del ofendido honor en desagravio,
mientras un hombre arrastra su martirio
como el Hijo de Dios, hasta el Calvario.

Ahí tiene el lector a una perjura
y ahí tiene el lector un hombre honrado.
Ella es feliz y pasa por el mundo
como reina entre estúpidos vasallos.

Y todos, al pasar, dicen: «¡Qué hermosa!»,
y cuando pasa el infeliz burlado,
exclaman entre horribles carcajadas:
«¡Ahí va un pobre diablo!...»





Un consejo

En el álbum de Emilia Carcedo

Rendido a tu gentileza,
como cumple a un caballero,
tengo a honor ser el primero
que pondere tu belleza.

Y aunque la oportunidad
al culto piropo invita,
decir que tú eres bonita
me suena a vulgaridad.

Es más propio y más hidalgo,
en quien ya va para viejo,
darte un prudente consejo
por si te sirve de algo.

Entre llorar o reir
prefiero hacerte pensar,

si prometes no olvidar
lo que te voy a decir.

En el loco devaneo
que en el mundo nos agita,
muchos quebrantos evita
quien reprime su deseo.

Porque sé, para mi daño,
que aun con venturosa estrella,
trunca la ilusión más bella
la sombra de un desengaño.

.

Termino y pido perdón,
pues al leer mi consejo
dirás, con mucha razón,
que los consejos de un viejo
son nubes de la ilusión.





Cantares

Se me hace tan largo el tiempo
cuando no veo a quien amo,
que por cada hora que pasa
creo haber vivido un año.

—
El que me cuente sus penas
será mi mejor amigo,
porque ante el dolor ajeno
parece menor el mío.

—
Hoy están tristes y lloran
las cuerdas de mi guitarra,
porque al morir la alegría
la enterraron en mi alma.

—
Entre un montón de mentiras
sólo encontré dos verdades:

mi amor por una mujer
y el cariño de mi madre.

—

Cada vez que yo te miro
sube el rubor a tu cara,
y es porque sientes el beso
que te doy con la mirada.

—

Cuando yo vaya a morir,
si me quieres, dame un beso,
que al fundirse nuestras almas
irán juntitas al cielo.

—

Aunque esté lejos de ti
siempre a mi lado te veo,
porque el cristal de mis ojos
refleja mi pensamiento.

—

Cuando por ausencias llora
el corazón que bien ama,
menos del amor se olvida
cuanto más el tiempo avanza.

—

No me pidas nuevas coplas
que mi guitarra no suena,

pues al que ayer te miró
se la rompí en la cabeza.

—

Se secó en mi corazón
la fuente del sentimiento,
y aunque a veces me sonrío,
quiero llorar... y no puedo.

—

Te puso mi amor tan alta
que no te puedo alcanzar,
y es que mi culto a lo bello
te sirve de pedestal.

—

Dicen que la ausencia cura
los males del que bien ama,
y yo, en la ausencia, me muero
porque tu desdén me falta.

—

Eres tan caritativa
y de tan buen corazón,
que das a cualquier hambriento
una limosna de amor.

—

Me da envidia ver que lloras
por una contrariedad...

¡Quién tuviera, como tú,
el consuelo de llorar!

—

Por sorpresa di yo un beso,
y me llamaba ladrón
aquella mujer ingrata
que me robó el corazón.

—

Con gusto daría
lo poco que tengo
por copiar mis pupilas en el fondo
de tus ojos negros.

—

Aunque estén muy ocultos
nuestros pecados,
tenemos en la vida
cruz y calvario.
Porque en la tierra
la memoria es martirio
de la conciencia.

—

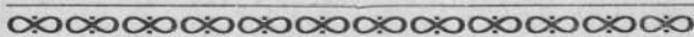
Yo no sé qué nos pasa
cuando nos vemos,
que a los dos nos abruma
triste recuerdo.
¡Cuánto daría

por haber olvidado
lo de aquel día!...

—
Aunque oigo en silencio
que, al mirar tu carita hechicera,
cuando vas por la calle, te dicen:
«¡Vaya una trigueña!...»
Me hacen sufrir tanto
los que te requiebran,
que, yo juez, les pondría en castigo
la última pena.

—
Chiquilla, un encargo
quisiera yo darte:
que si muero me reces y jures
no querer a nadie.
Mira que no falta
quien quiera vengarme
y te haría pasar, por tus culpas,
fatigas muy grandes.





Horas de angustia

Hoy tengo la musa triste,
que está la nenita enferma,
y quiero pedir al cielo
que la salve y la proteja.

Que la luz de la esperanza
disipe ya las tinieblas
que, por el hogar, pasaron
como una sombra siniestra.

Y que la flor delicada
triunfe de la fiebre intensa
que dió a sus tintes de rosa
palideces de azucena.

¡No temas ya por tu hijita,
madre cariñosa y tierna!...
La Virgen, que es también madre,
dará consuelo a tus penas.

Y la que es tu encanto y gloria,
triunfante, alegre y risueña,

sentirá hervir en su sangre
gérmenes de vida nueva.

Dios no quiere castigarnos
con el dolor de perderla,
dejando, en prenda de amores,
algo del cielo en la tierra.

.

Nenitina de mi alma,
capullito de azucena,
la que brilla como aurora
en medio de mis tristezas.

Dulce ensueño de querube,
símbolo de la inocencia,
serafín de ojillos negros,
ángel de rubias guedejas...

Por darte vida lozana,
¡qué sacrificios no hiciera
quien, por llamarte hija suya,
la vida con gusto diera!...





Galanterías rimadas

(EN ÁLBUMES Y ABANICOS)

Para Amalita F. de Alarcón

Quien cifre su ilusión y su ventura,
no sólo en la hermosura,
sino en un alma de virtudes llena,
ha de quererte, angelical criatura,
más que por ser bonita, por ser buena.

Tú que fuiste linda flor
elegida por hermosa
en el jardín del amor,
si eres buena como esposa,
como madre eres mejor.

Quien busque en un alma juntas
virtud, ternura y bondad,
que mire tus bellos ojos
y allí las encontrará.

A María Emilia Dorronsoro (Nené)

Ante esa cara divina
pintor quisiera yo ser,
pero me quedo en ujier
que levanta la cortina.

Venga, pues, la juventud,
en estas lides triunfante,
para que te admire y cante
al amor y a la virtud.

Mas antes de concluir,
ya cumplida esta misión,
subrayo mi admiración
en lo que voy a decir.

Entre mil gallardas flores,
una rosa y un capullo
son el encanto, el orgullo
del jardín de los amores.

¿Y sabes, niña, por qué
entre ambas flores no sé
decir cuál es más hermosa?
Porque tu madre es la rosa
y el capullo su *Nené*.

A Mercedes Núñez Faurie

Cupido ha empezado a ver,
en la expresión de tu risa,
luz, alegría y placer...
Es que pasas muy de prisa
de colegiala a mujer.

Precisamente por eso,
discreta la musa mía,
no imita al niño travieso
que, avaro, te pediría
por cada quintilla un beso.

Pero te guardo una flor,
que ha de acrecer en valor
cuando la ofrezca, por mí,
quien logre inspirar en ti
el primer sueño de amor.

Para Ana María Berdugo

Puesto en trance de escribir,
ya que tu candor me invita
a que exprese mi sentir,
yo viejo y tú tan bonita,
¿qué te podría decir?

Capullito de mujer,
pensando en lo que has de ser,

hoy siente mi corazón
el deseo de volver
a la edad de la ilusión.

A María Cruz Ebro

De tal palo tal astilla,
dice un refran que, en Castilla,
sabe el último aldeano...
Tu padre es modesto y llano,
tú eres afable y sencilla.

Modelo en la estirpe honrosa
de la mujer castellana,
tú mereces ser dichosa...
La que fué tan buena hermana
será ideal como esposa.

Y como a tu gran cultura
añade tu corazón
un tesoro de ternura,
vibra en tu literatura
la más intensa emoción.

A Isabel Lasquibar

Hay en tus pícaros ojos
luz, alegría y bondad,
y el que una vez los ha visto
no los olvida jamás.

A la Condesa de Casa-Tagle de Trassierra

Cuando tú viniste al mundo
el cielo te dió por gracia
que fueras a un tiempo hermosa,
inteligente y simpática.

Y el que cifró en tu cariño
vida, honor, conciencia y alma
halló en tan altas virtudes
la felicidad soñada.

A Consuelito Puento

Gentil, bonita y graciosa,
tus ojos negros y vivos
te dan tantos atractivos
como a tu hermana la hermosa.

Y siendo en mérito igual,
le pediré a San Antonio
que te lleve al matrimonio
un chico guapo y formal.

A una recién casada

Si es la cara, Rosita, como dicen,
el espejo del alma,
cuán pura tendrá el alma y cuán hermosa
la que ostenta, cual tú, tan linda cara.

A una viuda romántica

Al ver esos ojos llenos
de pasión y de alegría,
quien tenga veinte años menos
¿sabe usted lo que diría?

Pues tendría que decir,
si es de buen gusto y formal,
que debe usted reincidir
en la locura nupcial.

A M.^a de la Asunción Vinuesa de Muñoz Jalón

Mi musa regocijada,
hoy esquivada y enojada,
me infunde serios temores...
No está bien que le eche flores
a una hermosa, si es casada.

Mas es lícito, en verdad,
que os muestre mi admiración
pidiendo, por caridad,
un poco de la bondad
que encierra su corazón.

A mi único amor

Es tan grande mi querer
y tan ciega mi pasión,

que he vinculado en tu ser
mi conciencia y mi deber,
mi patria y mi religión.

A una mocita de rumbo

Cielo y tierra se estremecen
de gozo al verte pasar.
Hay gallardía en las curvas
de tu figura ideal.

Lindo capullo de rosa
y terroncito de sal...
¡Dichoso el que, en lid de amores,
sepa tu amor conquistar!

A Vicentita Villalain

Brilla en tus ojos con fulgor de aurora
el sutil atractivo de un misterio,
que yo sé traducir en tu alegría
de imaginar un porvenir risueño.

¡Dichosa tú que en el altar del alma
vivo mantienes el sagrado fuego,
mientras yo siento, al contemplarte hermosa,
la tristeza glacial de verme viejo!...

A Consuelito Solano

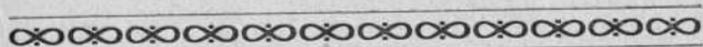
Es este lindo abanico,
por natural condición,
el antifaz de tu rostro
cuando lo enciende el rubor.

Por sus varillas te asomas
al cielo de la ilusión,
y le brindas el perfume
de tu aliento embriagador.

.

¡Dichoso el mortal que logre,
en sus ensueños de amor,
vivir, como este abanico,
cerca de tu corazón!...





Siluetas conocidas

Pepe Romeu

Alma de artista y voluntad flexible
como una hoja de templado acero,
irreprochable en la actitud y el tono,
su apostura es gentil, gallardo el gesto.

La voz en su garganta es armonía
que evoca el dulce y varonil acento
de aquel rival del ruseñor sublime
a quien la muerte condenó al silencio.

Cuando recita y cuando llora, canta,
y en sus notas palpita el sentimiento,
como si en ellas matizara un himno
el corazón que vibra entre gorgoros.

Tiene en sus labios la sencilla prosa
cadencia y ritmo de inspirados versos,
virtud excelsa y condición nativa
de quien del Arte descubrió el secreto.

Adora el ideal, porque es su mundo
la serena región de los ensueños,
sin descender al valle del que sufre
la congoja mortal del desaliento.

Seguro de su fuerza y de su triunfo,
trabaja y lucha con febril denuedo,
porque fué siempre la ilusión bendita
la musa inspiradora de los genios.

Cuida su voz, que es niña delicada,
como cuida un rosal el jardinero,
y el Arte paga al que tan bien le sirve
en aplausos, en gloria y en dinero.





A los soldados de San Marcial⁽¹⁾

Yo soy el que, en nombre de hidalgos patriotas,
hoy viene a ofrendaros humilde canción,
porque en la bandera que os lleva al combate
están los amores del pueblo español.

Ardió en vuestra sangre la fiebre del triunfo
y os prestó su aliento, para pelear,
la fe en el caudillo que lleva en sus manos
la antorcha y el cetro de un alto ideal.

También mis hermanos, sedientos de gloria,
lucharon sin tregua, con patrio fervor,
donde es traicionera la indómita chusma,
arisca la tierra y enemigo el sol.

Cuando, entre los vuestros, habléis de la guerra
en el santuario del humilde hogar,

(1) Composición leída por el autor en el solemne acto de la imposición de la Medalla de Africa al batallón expedicionario del Regimiento de Infantería número 44.

decid que supisteis ser dignos soldados
del Arma que ostenta glorioso historial.

Y cuando algún día, en culto a la patria,
llevéis en el pecho la insignia de honor,
dirán vuestros hijos, radiantes de orgullo:
—¡Mi padre fué un bravo soldado español!

Vosotros que visteis caer a los buenos,
cumpliendo el honroso deber militar,
sabéis que el martirio corona sus frentes
con nimbos que os hablan de gloria inmortal.

Para los que honraron la enseña bendita
reserva la Historia su lauro mejor...
Para los que un día murieron sin gloria,
un velo piadoso de olvido y perdón.

Y pues, ya cumplidos sagrados deberes,
volvéis orgullosos al patrio solar,
España os saluda, la madre os bendice
y os brinda el poeta su amor fraternal.

¡Valientes soldados! Honrad la bandera,
ungida con besos de paz y de amor,
porque es la reliquia que lleva en sus pliegues
la sangre y el oro del pueblo español.

PERFILES DE BUEN HUMOR



El Carnaval

Tradiciones que no mueren

El pueblo ha sufrido mucho
con sus recientes desgracias...

¡Ya es hora que para el pueblo
luzca el sol de la esperanza!

Indiferente a sus males,
derrocha grandezas de alma,
poniendo en sus trances duros
a mal tiempo buena cara.

Hoy tiene ocasión propicia
en la fiesta de las máscaras,
remedo culto y honesto
de la saturnal romana.

Todo Madrid estos días
invade calles y plazas,
y se codea y se estruja
la muchedumbre apiñada.

Para contener la ola
de la ciudad desbordada,
resultan estrechos cauces
vías que parecen anchas.

Por doquier atruena el aire
rumor de colmena humana,
entre sonos de bandurrias,
panderetas y guitarras.

Y ante el inmenso gentío
van desfilando comparsas,
en las que lucen su garbo
los socios de *La Tarántula*.

Rivalizando en primores
cruzan en ronda fantástica
las carrozas que se aprestan
a descomunal batalla.

Van y vienen *serpentin*as,
y se ven chicas muy guapas
que, en soberbios trenes, lucen
su gentileza y su gracia.

Y, al fin, termina el combate
sin que se registren bajas,
pues ni flores, ni *confeti*
son proyectiles que matan.

Entre preciosos disfraces
de original elegancia,

no falta el harapo inmundo
de la gente chabacana.

Veremos *al de los zancos*,
al del *higú*, a *los tres ratas*
y al tío del *mata-suegras*
con sus bromitas pesadas.

Irán de *bebés* vestidos
hombres que parecen damas,
a juzgar por sus hechuras
y sus voces atipladas.

Habrá bailoteo y vino,
y *broncas* y puñaladas,
como obligado y eterno
resumen de la jornada.

—
En vertiginoso curso
las generaciones pasan,
sucumben reyes y pueblos
y se transforman las razas.

Donde imperó la barbarie
pidió la cultura plaza,
imponiendo a todo el mundo
su voluntad soberana.

Y va en nombre del progreso
la codicia disfrazada,
que hoy tiene por feudo suyo

toda la extensión del mapa.

El humano pensamiento
tendió sus pujantes alas,
y ya es cristiano el idólatra,
son hombres libres los parias.

La vibración de las ondas
transmite la voz humana;
la locomotora corre
por los desiertos de África.

Y surge triunfante el genio
en la escuela y en la fábrica,
cantando el himno triunfal
de los pueblos que trabajan.

.....
Implacable, mató el tiempo
ridículas antiguallas;
se humanizaron costumbres
que el buen sentido rechaza.

Cayeron instituciones,
lloramos nuestras desgracias,
corrió a torrentes la sangre
por riscos y barrancadas...

Mas qué importa, si aún nos queda,
como símbolo de raza,
¡un pueblo que va a los toros
y que se viste de máscara!...



Memorial

A mi sobrino Luis

Con verdadero placer
la enhorabuena te envío,
pues acabo de saber
que has comenzado a ejercer
de padre y... muy señor mío.

Pensando ya en el chicuelo,
he creído necesario
significarte mi anhelo...
No olvides que, aunque honorario,
tengo el título de abuelo.

Cuando a enseñar me dedico
suelo darme buena traza,
y por eso te suplico
que me reserves la plaza
de preceptor de tu chico.

Entonces, con atención
veré por su inclinación
las aptitudes que tiene.
A los chicos no conviene
torcerles la vocación.

Será mi sueño dorado,
si se aficiona al Derecho,
hacerlo un gran abogado.
Lo que afirmo es que a mi lado
será un hombre de provecho.

Si no trabaja con fe,
vicio que es muy español,
siempre un recurso tendré...
Quiera o no quiera, lo haré
profesional del *futbol*.

Mas si en el deporte fiero
se nos pasa el día entero
corriendo a todo correr,
entonces... ¡tendrán que ver
las cuentas del zapatero!

Como la fuerza animal
goza de envidiable suerte
en nuestro estado social,

no ha de parecerse mal
que el mozo se críe fuerte.

Porque hoy la ley del progreso
a que el país se resigna
es, aunque raya en exceso,
«garrotazo y tente tieso»
y esa va a ser la consigna.

No quiero a mi lado gente
necia, cobarde, indolente
y falta de decisión...
¡Tu chico será un valiente
o le pego un coscorrón!

Si es intrépido y galán
y de gloria siente afán,
lo haré matador de toros.
Si es bélico... a Tetuán
para luchar con los moros.

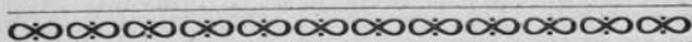
En las cuestiones de honor
cifraré todo mi anhelo
en infundirle valor.
Así ya no habrá temor
de que le tomen el pelo.

Y si hace caso de mí
copiará, mal que le cuadre,

los modelos que elegí:
en lo sencillo, a su madre,
y en lo inteligente a ti.

Y expuesto ya en lo esencial
lo que en este memorial
un fiel cariño reclama,
si te gusta mi programa
extiende la credencial.





Virtudes del olfato

En la mujer, para evitar errores,
hay que aprender a distinguir de olores.
Por regla general, una aldeana
debe oler a membrillo y mejorana... (1)

Huele a miel y a tomillo la alcarreña,
las del Norte a sardina y a merluza,
a chorizo picante la extremeña
y a gazpacho y a flores la andaluza.

A *Brisa de las Pampas* la cubana,
a *coco ecuatorial* la filipina,
a vino superior la jerezana,
y al famoso turrón la alicantina.

Si trasciende a *Virginia*, es cigarrera,
si a perfume barato, cursilona,
si a colonia sencilla, costurera,
si a puchero de enfermo, solterona.

(1) A menos que un tufillo sospechoso
haga preciso el *Sudoral* famoso.

Suelen oler a cirio las beatas,
a *Don Diego de día* la coqueta,
a genciana silvestre las ingratas,
las de buen corazón a violeta.

A dátiles cocidos las viciosas,
a ganado lanar la descuidada,
a sal inglesa y éter las nerviosas,
a heliotropo y azahar la enamorada.

A gardenia y clavel la indiferente,
a polvos perfumados las cantantes,
las artistas de circo a pan caliente
y a *Chipre de Pinaud* las elegantes.

El patchulí... me huele a chamusquina,
y en la mujer de natural belleza,
es lo que a mí me encanta y me fascina
el olor sin olor de la limpieza.

Si no quieres, lector, sufrir errores,
aprende bien a distinguir de olores.
Y dí, como yo digo a las mujeres:
—¡Deja que huela y te diré quién eres!...





La vocación

El ricacho Tomás, cuando era un chico,
merecía una albarda por borrico,
y al preguntarle un día
qué carrera o qué oficio prefería,
en su tosco lenguaje
me dijo aquel patán, medio salvaje:

—«El oficio, señor, que yo prefiero
es aquel en que gane más dinero».

Con esto el chico demostrar sabía
no ser tan torpe como yo creía.

Con su modesta industria de especiero
hizo Tomás muchísimo dinero.

Metióse a contratista,
con tal suerte, que ya es un gran rentista.
Hace en él la fortuna tal derroche,
que el especiero se pasea en coche,
y, como es natural,
ya lo han hecho marqués y concejal.

En cambio, Periquín, otro muchacho
que pasaba por listo y vivaracho,
con notoria inocencia
mostró por el estudio preferencia.

Y aunque llegó a pasar por eminente,
le ocurrió lo que ya es cosa corriente
entre sabios, artistas y poetas,
que en su vida vió juntas dos pesetas,
y en premio a su talento extraordinario
carece de lo que es más necesario.

Hoy el pobre Perico
quiere, en vez de ser sabio, ser borrico,
pues envidia a Tomás el especiero
que es un mulo cargado de dinero.

.

Si el que cifró en saber su afán ardiente
perdió su tiempo lastimosamente,
fácil es deducir en consecuencia
que el dinero es más útil que la ciencia.



VERSOS DE ANTAÑO



Andalucía

A la memoria del que fué mi
fraternal amigo y entusiasta se-
villano Isidoro Urzáiz y Cavero.

Tiene un suelo feliz la patria mía
que infunde al alma férvidos amores,
tesoro de dulcísima poesía,
jardín de eternas y aromadas flores,
la risueña y feraz Andalucía.

Brota doquier vegetación lozana
y se ven maravillas a millares,
y con su luz de púrpura y de grana
más puro el sol se ostenta en la mañana
al levantarse de los anchos mares.

Allí el amor, como la lava hirviente,
fuego es que aviva inextinguible hoguera,
y hállanse allí las que soñó la mente,
vírgenes de atezada cabellera,
de blanco seno y de mirada ardiente.

Allí en la aurora que nos trae el día
más flores hay con que se borda el suelo,
más aves hay en la región vacía,
y monte, y valle, y río, y tierra, y cielo
es todo luz, aromas y armonía.

Allí, cuando sus rayos ha escondido
el sol vibrante con su lumbré pura,
vienen con el crepúsculo encendido
sílides bellas cuya voz murmura
frases que evocan el amor perdido.

Allí la altiva, espléndida palmera
se cierne de los prados soberana,
y su móvil, flotante cabellera,
gentil, y erguida, y orgullosa y vana
agita sin cesar suave y ligera.

Allí el naranjo con sus frutos de oro
ofrece sombra en bochornoso estío,
y se apura el riquísimo tesoro
de dulces sueños con que brinda el río
con su murmullo lánguido y sonoro.

Sonriente y bella cual la luz del día,
Italia, con su eterna primavera,
envidia a nuestra hermosa Andalucía

y sus fragantes cármenes quisiera,
encanto y gloria de la patria mía.

Harta razón tenía el africano
al defender porfiado tal tesoro
con firme empeño y con afán insano,
mas nunca pudo ni debió ser moro
lo que por ley de Dios era cristiano.

Cuna de caballeros esforzados,
palenque de inmortales adalides,
¡cuántas veces tus pueblos más preciados,
tintos en sangre de enconadas lides,
dejaron a los ojos asombrados!

¡Oh, bien hayas, mansión de los amores,
dichosa y encantada Andalucía,
cielo de puros, mágicos fulgores,
tesoro de dulcísima poesía,
jardín de eternas y aromadas flores!

Bien haya Cádiz, la gitana bella,
la joya hermosa del confín hispano,
que se destaca como blanca estrella
frente al limpio cristal del Oceano,
brindando al nauta con segura huella

Y bien hayas, ¡oh Málaga divina!
la de perpetuas amorosas lides,

la de la vega siempre peregrina,
la de las dulces, codiciadas vides,
la que es del mar encantadora ondina.

Bien hayas tú también, ciudad moruna,
que guardas tu mezquita todavía;
¡oh Córdoba! que al rayo de la luna
evocas glorias que alcanzara un día
tu antigua raza con feliz fortuna.

Y bien haya Jaén, que audaz su planta
asienta en medio de la fértil vega,
y un templo tiene de hermosura tanta,
que al verlo el alma se recoge y ruega
llevando al cielo su plegaria santa.

Y la gentil y mágica Granada
con su Darro y Genil murmuradores,
su Alhambra por mil genios habitada,
sus álamos do anidan ruiseñores,
su Albaicín, su Cartuja celebrada.

Y la que sol de Andalucía brilla,
regio florón de la gloriosa España,
la que apellida el mundo maravilla,
la que el Guadalquivir fecunda y baña,
perla gentil, espléndida Sevilla.

Y el risueño Jerez, rico en primores,
y Carmona feliz, de hermoso suelo,
y Ronda la gentil, jardín de flores,
y aquel de un nombre que bendice el cielo,
puerto sin par, mansión de los amores.

Hubo un tiempo en que loco no creía
hallar lo que soñó mi mente inquieta,
mas hoy al verte, hermosa Andalucía,
queda pálido el sueño del poeta
como la luna ante el fulgor del día.

Que acaso en ti, de su inmortal belleza,
dejar el cielo su trasunto quiso,
y en ti apuró su espléndida riqueza,
y en ti por eso se halla el paraíso
que tras la tumba para el justo empieza.

Y así en tu suelo agota la Natura
su lujo y profusión y lozanía,
y te dan mil arroyos su frescura,
y te ofrecen mil flores su ambrosía,
y te brinda tu cielo la ventura.

¡Oh! Cuando al recorrer tu fértil suelo
de gozo llena se estremece el alma,
sueño que el alma se remonta al cielo
donde ha de hallar la perdurable calma
que busca en vano con febril anhelo.



Sorpresas del destino

(LEYENDA CASTELLANA)

Entre una fértil campiña
álzase altiva y gallarda
vivienda de ilustre prócer
con unas torres muy altas.

De dos amantes felices
era la estival morada,
nido de tiernos amores,
paraíso de dos almas.

Nobles de rancio abolengo
los dueños de aquella casa,
sobre la clave del pórtico
ostentan su enseña heráldica.

Un cisne en campo de gules
con dos torres almenadas
campean en el escudo
del noble marqués de Arraya.

Signos de antigua nobleza
 el rico blasón señala,
 y a fe que no se desmiente
 la pureza de la casta.

Que a tan limpia ejecutoria
 don Ramiro y doña Laura
 dan mayor brillo y respeto
 con las grandezas del alma.

Nunca el pobre acude en vano
 a mitigar su desgracia,
 que en aquel nido de amores
 encuentran amor las lágrimas.

Y la gente de la aldea
 los adora y los aclama,
 bendiciendo a quienes rinden
 culto a la virtud cristiana.

Tal es la linda pareja
 que ocupa aquella morada,
 donde campea el escudo
 del noble marqués de Arraya.

.....

Era Laura de su esposo
 imán de amorosas ansias.
 Nada en el mundo existía
 que a su hermosura igualara.

Ella al noble don Ramiro

ciegamente idolatraba,
cifrando en él su ventura,
su amor, su vida y su alma.

Vivían lejos del mundo
que ambos, por instinto, odiaban
la convencional mentira
de las fórmulas mundanas.

Felices en su retiro,
mutuamente se adoraban,
esquivando de curiosos
las indiscretas miradas.

Y de aquella paz dichosa
sólo el silencio turbaban
los fugitivos rumores
del viento sobre las ramas.

La ancha reja que domina
el extenso panorama,
es la delicia, el encanto
de don Ramiro y su Laura.

Lindo marco les ofrece
aquella alegre ventana,
por cuyos delgados hierros
trepan juguetonas plantas.

Ella, de su amor testigo,
secretos de amor les guarda,
mientras perfuman el aire

sus florecillas tempranas.

.

Cayó el sol en el ocaso
de una tarde limpia y cálida,
esmaltando el horizonte
con matices de oro y grana.

Cruzó la feliz pareja
la campiña solitaria,
cuando a lo lejos se oía
el eco de las campanas
que, de la vecina aldea,
con voz lúgubre, anunciaban
a los humildes labriegos
la hora de las plegarias.

Recorriendo el parque umbruso
que las flores matizaban,
un triste encuentro enturbió
la luz de la tarde plácida.

Una tierna, hermosa niña
de ojos negros, de tez blanca,
cruzó con paso tranquilo
de la mano de una anciana.

En sus ojos apagados,
fiel espejo de su alma,
la tristeza irredimible
sus hondas huellas mostraba.

La pobre niña, jadeante,
casi desnuda y descalza,
llorando su desventura,
la caridad imploraba.

Y ante el cuadro de infortunio,
que fiel mi memoria guarda,
sintió amargado su idilio
la pareja enamorada.

.

—Buena mujer, esa niña
¿tiene padres?—dijo Laura—.

Y con acento solemne,
así respondió la anciana:

—¡No tiene a nadie en el mundo!...

Su padre, que gloria haya,
dicen que murió aplastado
en unas minas, que es fama,
dieron caudal fabuloso
al noble marqués de Arraya...

Su madre, la pobrecilla,
murió al nacer la rapaza.

Y junto al lecho de muerte,
a ruegos de aquella santa,
juré amparar a esta niña
que es mi bien y mi esperanza.

Y de limosna vivimos,

merced a las buenas almas,
aunque algún día, señora,
el triste mendrugo falta.

Al oír el fiel relato
de esta historia, que es un drama,
a los amantes felices
penosa emoción embarga.

.

Produjo impresión tan triste
aquel relato a la dama,
que en sus mejillas de rosa
brilló furtiva una lágrima.

Y abrazando a su marido,
dijo estas dulces palabras:
—Es muy poco una limosna
para tan fiera desgracia.

Nuestra fortuna es inmensa
y aún no hay quien deba heredarla...
¿Te enojará que te diga
el deseo que me embarga?

—Sabes que mi anhelo cifro
en ver tu dicha colmada.

—Pues quiero darles asilo
en nuestra propia morada.

¿Aceptas mi pensamiento?

—Lo acepto con vida y alma.

Mas para que mi largueza
supere a tus esperanzas,
una idea se me ocurre...
¿La aprobarás?

—¡Aprobada!...

Porque siendo idea tuya,
será noble y será santa.
Santa, porque es de conciencia;
noble, porque así es tu raza.

Y ya que empecé la obra
fuerza será terminarla,
conservando limpia y pura
la tradición de esta casa.

Dar pan y abrigo una noche
a esa niña infortunada,
es hacerle más penosos
los rigores del mañana.

Y lo que hay que hacer con ella
es redimirla, educarla...

¿Quieres que la prohijemos?

—¡Eso es lo que quiero, Laura!...

Y ésta, abrazando a su esposo,
y enjugándose las lágrimas,
exclamó:

—¡Bendito seas!...

¡Qué hermosa tienes el alma!

La anciana y la pobre niña
de ojos negros, de tez blanca,
encontraron dulce abrigo
en la espléndida morada.

Que Dios al rico y al pobre
con mano invisible enlaza,
recordando a los dichosos
que el mundo es valle de lágrimas.

.

Pasaron algunos años,
murió la mendiga anciana,
a la que Laura y su esposo
dieron vejez sosegada.

Y aquella infeliz criatura
de ojos negros, de tez blanca,
que cruzó por el sendero
casi desnuda y descalza...

La que, llorando a su madre,
la caridad imploraba...
¡es hoy la rica heredera
de los marqueses de Arrayal





Un año más ⁽¹⁾

Fragmentos de un poema

I

Entregado al azar de mi destino,
llego a la edad en que la mente empieza
a soñar con el ansia de placeres
que ofrece el mundo a la ilusión primera.

Siento afán de vivir y, sin embargo,
cerebro y corazón en lucha eterna,
me abrumba de inquietudes el misterio
que simboliza la verdad suprema.

Todos pensamos ¡ay! que el tiempo pasa
ante otra pobre y mísera existencia,
sin comprender que el cronos inmutable
es de la vida la eternal ribera.

(1) Como se ve, esta composición fué escrita en mi primera juventud. De intento he respetado, en lo posible, el texto primitivo para evitar que lo que ganara en atildamiento literario lo perdiera en frescura y espontaneidad.

Hoy quisiera volver al dulce seno
de aquella madre para mí tan buena,
y sentir en mi frente la caricia
del sol vibrante de mi amada tierra.

Soñar de nuevo en infantiles goces
y despertar de la ardorosa siesta
entre el rumor de los alegres cantos
que arrullaron mi plácida inocencia.

Mas calle el corazón, y en la esperanza
busque el dolor la bienhechora tregua,
de mis santos amores la ventura,
de mi vida la dulce primavera.

.

II

Poco vale el rumor de una armonía
para expresar cuanto la mente sueña,
en tanto que interrumpe los latidos
del corazón la muchedumbre inquieta.

En soliloquio eterno, entre mis libros,
apartado del mundo y sus miserias,
llegar siento hasta mí de las pasiones
el ronco hervir en la infernal hoguera.

¡Dejadme a solas meditar tranquilo
y callad de una vez, labios y lenguas!

Dejad al que aborrece la calumnia,
demoledora y criminal piqueta.

Yo vivo entre vosotros como el pájaro
que, al rigor del invierno y las tormentas,
cruza confines con potente vuelo
para volver más tarde a su vivienda.

Mi cuerpo es vuestro, porque el polvo humilde
es dura ley que baje hasta la tierra;
pero el soplo divino que me anima,
que siente y sufre, que medita y crea...

Ese no es tuyo, humanidad injusta,
ese hasta Dios con la virtud se eleva,
mientras no luche la ambición dormida
con mis eternos sueños de poeta.

Dejad mi pensamiento siempre fijo
en aquel Ser que el corazón venera...
¡Todo en el mundo es deleznable y triste!
¡Todo allá en las alturas es grandeza!

.....

III

Ya la turba infernal calla y se esconde
en los antros del vicio y la miseria...

Todo está en calma... De un reloj cercano
acompañado el péndulo golpea.

Mas vuelve a interrumpir este silencio
un zumbido inquietante de colmena,
que se agita mezclando entre sus gritos
la imprecación brutal de la blasfemia.

Ecós y voces que, en conjunto extraño,
invaden la ciudad y el aire pueblan
de fermentos malignos, invisibles,
que flotan, se difunden y envenenan.

Y sigue el inmoral libertinaje
tendiendo a la virtud su red siniestra,
para extender el virus ponzoñoso
entre la feble juventud moderna.

Aún sigue a la maldad rindiendo culto,
y el mundo impío, mientras mundo sea,
formará sus conciertos inarmónicos
con el grito infernal de las conciencias...

¡Ah! Si esa ley que baja desde el cielo
no basta a contener la inicua guerra,
perennial exterminio del linaje
y enemiga implacable de la Iglesia...

Haced que el hombre a la virtud se entregue,
despreciando su efímera grandeza,

si no queréis, oh Dios, que a los abismos
de la impiedad mi espíritu descienda.

Mi fe y mi vida, mi esperanza y gloria
cifro de Vos en la infinita esencia,
inagotable cual poder divino,
fuente de amor y de bondad suprema.

Yo adivino al Autor de lo creado
a través de los astros que voltean,
en el mundo tangible de la forma
y en el mundo impalpable de la idea.

En el cóncavo azul del firmamento,
en lo inmenso del mar y de la esfera,
en la luz sideral, fuente de vidá,
y en las líneas que forjan las tinieblas.

En los perfumes de la flor lozana,
en la aridez de las abruptas peñas,
en el viento que arrastra los arbustos
y en el claro esplendor de las estrellas.

En el misterio de la noche oscura,
en el velo tupido de la niebla,
en las nubes que visten negro manto
y en los destellos que la luna engendra.

En el río que nace, y salta, y corre
a confundirse con la mar serena,

en el carro flamígero de Apolo
y en el orden que giran los planetas.

.

IV

¡Un año más!... Dos páginas del libro
que en el vasto erial de mi existencia
se traducen en átomos de dicha
entre un mundo infinito de tristezas.

Y aún en blanco figuran tantas hojas,
que, aterrado, mi espíritu contempla
el ancho panorama de una vida
ligada al torcedor de la materia.

¡Al tiempo, sí! Dejemos mi destino
a ese viejo caduco que espolea
mi espíritu, y transforma, y aniquila
cuanto organismo a su poder sujeta.

El foco que ilumina el libro-cumbre,
donde se plasma el ritmo y la belleza,
proyecta en la penumbra mil espectros,
mi vista ante los cuales se recrea.

¡Venid a mí, fantásticas visiones,
si sois transunto de la luz interna

que germina en mi mente soñadora
y se nutre al calor de las ideas!

De mi cerebro en el recinto estrecho
siento al par que la lumbre, las tinieblas
y en su fondo se agitan y revuelven
las visiones sin fin que me rodean.

· Mi mente es el espejo misterioso
en que la faz del orbe se refleja,
la máquina que impulsa mis acciones
y que da vida a mi pasión secreta.

Indomable corcel que, en su delirio,
traspasa el mundo con veloz carrera,
en busca de la imagen de mis sueños
que sube al cielo en espiral inmensa.

· · · · ·

V

¡Un año más!... Y con fervor creciente
a esta Babel fulmino mi anatema,
mientras el vicio, la maldad y el crimen
de la noble virtud se enseñorean.

El rico seguirá gozando alegre
la esplendidez que en su palacio ostenta,

y el pobre ganará la hogaza humilde
amasada con lágrimas y penas.

Todos probamos el amargo cáliz,
pero el mortal que vive en la pobreza,
ni sufre las torturas del avaro,
ni el grito abrumador de la conciencia.

Vive feliz, porque es feliz quien vive
sin ambición de gloria y de riqueza,
y en su eterno infortunio, siempre heroico,
con el pan de sus hijos se contenta.

El rico, no. Tan sólo en su fortuna
cifra su fe, su amor y sus creencias,
llevando en el hastío de placeres
por norma el desencanto y por sistema.

Todos sujetos a una ley tirana
sufrimos las desdichas de la tierra...
Ricos y pobres, grandes y pequeños,
cual tienen corazón, tienen tristezas.

Y yo, que siento arder en lo profundo
del pecho el ansia de ambición terrena,
fiebre que exalta el corazón humano,
locura que el espíritu atormenta...

¿Qué puedo hacer, oh Dios, si es mi deseo
vivir sufriendo tan terribles penas,

y despreciando el vicio y las pasiones
para alcanzar tu bendición suprema?

Dadme, Señor, abnegación firmísima
para seguir de la virtud la senda,
si no queréis mirar desde esa altura
mi fe perdida, mi esperanza muerta.

.

VI

¡Oh inspiración sublime! Ya cansada
de divagar, sin compasión te alejas,
mientras llorando, ante mi esfuerzo estéril,
escondo entre mis manos la cabeza.

¡Piedad, Señor! Si al réprobo en sus culpas
irreprochable tu bondad condena,
perdona si en mi ciego desvarío
siento en el alma terrenal flaqueza.

Cuando en mis ansias de saber profundo
alzo mi vista a la región etérea,
y me abismo en lo vasto de tu imperio
y me asombra lo inmenso de tu esfera.

Y miro esa armonía misteriosa
de mil globos de luz que centellean,

todos sujetos al poder divino
e irresistible de tu mano excelsa.

Siento mi corazón, frío y cansado
de amarga vida en la mortal contienda,
más fervoroso, si del astro padre
hiere mi vista la esplendente hoguera.

Y ante el asombro mudo que al espíritu
con la Natura pródiga presentas,
¿quién no acata el poder de tus designios
y se atreve a negar tu omnipotencia?...

¡Perdón, Señor! Perdón para el incrédulo
que, en su extravío, de su Dios reniega,
para entregarse a la maldad impura
y a la mundana seducción perversa.

Yo mismo, sí. Cuando el dolor acrece
y el alma siento de inquietudes llena,
¡cuántas veces reniego de mí mismo
y de mi fe profunda y mis creencias!...

Llego a dudar, y en mi febril delirio,
cuanto más el dolor se reconcentra,
resplandece en mi espíritu la llama
que simboliza la verdad eterna.

Y entonces bajo la cerviz altiva,
de nuevo el alma a su Señor se entrega,
y arrodillado, y mudo, y reverente
me humillo ante el poder de su grandeza



EL EPÍLOGO...

EN UN CUENTO



Gardenias y claveles ⁽¹⁾

A juzgar por el constante ir y venir de sirvientes y edecanes, algo anormal ocurría en la espléndida morada de los Ruilópez.

Confirmaba esta sospecha el aspecto sombrío de Juanuco, aquel perro guardián de la portería, que, enfundado en su vistosa librea y con esa altanería insolente de los criados de casa grande, refunfuñaba a los visitantes importunos su frase sacramental:

—¡Los señores no reciben!...

Y a fe que el buen Juanuco no gruñía esta vez a humo de pajas. Rosalía, la unigénita de los ilustres dueños de la finca, el mísero retoño que vivía de

(1) Este cuento fué uno de los siete elegidos y recomendados entre los 817 que optaron a premio en el Concurso de «El Liberal», de Madrid, celebrado a fines de 1902. El Jurado calificador estaba integrado por D. José Echegaray, D. Eugenio Sellés y D. José Nogales. Se incluye en este libro, no por su mérito literario, del que carece en absoluto, sino porque el asunto está inspirado en un episodio que afectaba directamente a persona, para mí muy querida, a la que dedico este humilde recuerdo.

milagro, a pesar de las leyes incontrastables de la Naturaleza, se hallaba en grave peligro de muerte. La pícara fiebre que había hecho presa en su cuerpecillo desmedrado, no encontraría grandes resistencias en un organismo débil, sin aparente viabilidad para las rudimentarias funciones de la vida.

Y en tan aciago y doloroso trance, cuando los afligidos señores veían abiertas ante su hija las fauces de la eternidad, se imponía al bien parecer de la servidumbre aquella cara de circunstancias.

De memoria sabían ellos que no estaba la Magdalena para tafetanes, ni sus amos en vena de soportar enfadosas visitas, por mucho que las costumbres modernas hayan suavizado las estiradas fórmulas de la cortesanía entre las altas clases de la sociedad.

Cuatro eminencias de la Medicina debatieron sobre los caracteres del caso patológico, cuyo proceso exponía con todos sus dolorosos detalles el médico de cabecera.

Se trataba de una infeliz criatura que vino al mundo con el vicio de origen de una encarnación deleznable.

Gazmoñerías de los padres, rusticidades de las nodrizas y malogrados intentos de lactancia artificial, habían convertido cada paso hacia la vida en una terrible amenaza de muerte.

Así, la cuna de Rosalía, en vez de alegre símbolo consagrado en memoria de los primeros goces paternos, venía a ser un trasto enojoso por las crueles angustias que recordaba.

Asiduos cuidados consiguieron salvar la primera época de la vida, más que ninguna propensa a la mortalidad. La viveza de la niña, extraordinaria a ratos, se trocaba con frecuencia en abrumadora languidez. Su piel no se coloreaba sino por efectos febriles, y aquella vida penosa, diluída entre enfermedades y convalecencias, sólo brindaba como presentes siniestros de una infancia sin alegrías, aquel montón de frascos, con que la industria farmacéutica explota la credulidad del enfermo con reconstituyentes más sugestivos que eficaces.

Si alguna vez llegó a vislumbrarse una esperanza de alivio, no tardaba en exteriorizarse la enfermedad con nuevos alarmantes caracteres. Al corregir la inapetencia, sobrevenían las palpitaciones; si se moderaba la excitación nerviosa, reaparecía la dispepsia... Aquella pobre niña, condenada a sufrimiento continuo y a perpetua medicación, languidecía y se extenuaba, sin que nada reanimase su abatido espíritu y sin hallar un medio de fortalecer su depauperado organismo. Y las lumbreras del protomedicato, al sancionar el diagnóstico y la medicación paliativa

del galeno de cabecera, confesaban tristemente la misión de la ciencia en determinadas ocasiones: cruzarse de brazos y esperar que se cumplan los supremos designios de la Providencia.

Probada la ineficacia de los tratamientos farmacológicos, un cambio de aires se imponía como remedio heroico ante aquel caso rebelde a toda medicación racional.

En este sentido se pronunciaban las conclusiones de la solemne consulta. De tan mezquino y remoto consuelo disponía la ciencia para una infeliz criatura que, por un poco de salud, hubiera cambiado la cuantiosa fortuna que le reservaban sus progenitores.

La persistencia de aquel estado febril retrasó por algunos días el proyectado viaje de los Ruilópez, que habían decidido llevar a la enfermita a su soberbia quinta del *Castañar*.

Pero la aplicación del remedio no permitía grandes aplazamientos, y hecho ya el ánimo a esta suprema tentativa, los Ruilópez emprendieron la dolorosa peregrinación en busca de lo que en la gran metrópoli no encontraba la pobre Rosalía.

Aquella expedición, en que se había cifrado la última esperanza, ofrecía al deprimido ánimo de la

enferma el atractivo de grandes emociones. El espíritu, agobiado ante la monotonía de los campos yermos y de las solitarias y extensas llanuras de Castilla, siéntese animado ante la sugestiva belleza de las altas montañas y de los pintorescos valles asturianos.

Bordéanse las pedregosas sendas de los montes que limitan por el Sur aquella región privilegiada, y desde los rellanos de la empinada sierra vese a lo lejos, allá en el fondo de un risueño valle, el caserón de los Ruilópez, alzándose imponente y majestuoso, como un centinela de granito entre las frondosidades de la campiña.

El repentino cambio de escena había hecho impresión gratísima en el alma de Rosalía. Respiraba allí un ambiente más puro, lucía el sol con más transparencia, y el cierzo de la montaña, impregnado de los agrestes aromas del pinar, infiltraba en sus sedientos pulmones nuevos gérmenes de vida...

La llegada de los Ruilópez se había celebrado como un acontecimiento.

Y a fe que se había lucido la servidumbre destacada previamente en la finca para ultimar los preparativos de la instalación.

Los colonos del *Castañar* rivalizaban en su noble empeño de conquistarse la simpatía de los señores. Unos por adulación egoísta, los más por el interés

que en las almas generosas despiertan siempre las criaturas que sufren, los regalos menudeaban que era un portento.

Y había serias disputas en la comarca por si fué Juan o fué Pedro el que obsequió a la señorita con más sazonadas frutas, más exquisita leche y más rica miel de los panales.

Toñín, un chicuelo travieso y coloradote, era el que con mayor asiduidad, aunque con menos esplendor, agasajaba a Rosalía.

Contaría el rapaz escasamente diez años, y vivía con su madre en una casita rústica con techo de pizarra, que, medio escondida en un rellano de la montaña, distinguíase confusamente, como una mancha gris perdiéndose entre las brumosas lejanías del paisaje.

Y qué constancia la del pícaro muchacho. Todos los días, antes de que el sol comenzara a dorar los empinados riscos, ya estaba el bobalicón rondando en torno de la casona señorial y atisbando el momento en que Rosalía y su doncella bajaran a dar el acostumbrado paseo.

Y Toñín las seguía a distancia, como un perrillo encariñado, dispuesto a las mayores diabluras por los caprichitos de la convaleciente que, al aceptar sus obsequios, solía mostrarle sus simpatías con un gracioso mohín de tiranuela mimada.

Corría y saltaba como un corzo el condenado del chico, y era una delicia verle trepar y deslizarse por las vertientes de la sierra para coger las florecillas silvestres con que agasajaba a su amiguita.

Porque Rosalía era ya su camarada inseparable. Sentían uno por otro aquellos chicos esa irreflexiva inclinación a que suelen dar fácil acceso las ternuras de la infancia. En cuanto a Toñín, ¡ah!, el picaruelo la quería como se quiere a los ángeles, la miraba como se mira a un ser excepcional...

El travieso rapaz había acabado por ser tan agradable a la tiranuela de los Ruilópez, que sin él ya no se concebían aquellas expediciones matinales.

Conocía los más apartados rincones de la campiña, husmeaba el escondite de las abejas y señalaba con pericia los árboles donde había nidos de ruiseñores.

Escondido alevosamente entre juncales y espadañas, se entretenía cazando los pajarillos que acudían al arroyuelo y se los llevaba a su señorita para que se diera el gustazo de solemnizar el obsequio con un indulto general. Los pardillos y colorines que él encarcelaba preventivamente, encontraban siempre la libertad en manos de aquella bondadosa criatura, que tanto se reía al ver boquiabierto y chasqueado al intrépido cazador.

¡Y qué era él sino un inocente pajarillo, aprisionado entre cadenas de infranqueables montañas!...

Más infeliz que sus propias víctimas, ni siquiera había encontrado la manita de nieve que le redimiera de la ignorancia.

La convalecencia de Rosalía avanzaba lentamente. Pero ya no persistía en su angelical semblante aquella palidez nacarada, aquella melancolía irredimible, que presagiaba la proximidad de la catástrofe.

El médico seguía teniendo fe en la salvación de la niña.

Algunas veces, viendo corretear a Rosalía con su amiguito por la arenosa glorieta del jardín, reflexionaba ante el contraste de aquellas dos naturalezas vírgenes. Buscaba el secreto misterioso de la regeneración de aquel ángel; pensaba en los prodigios de una copiosa transfusión que devolviera calor y vida a un ser prematuramente aniquilado; y cuando los maternales requerimientos buscaban en su autorizado juicio el consuelo de la esperanza, decía con tristeza:

—¡Ah, señora!... El problema no es difícil. Esperemos que la juventud realice el milagro...

Y luego, señalando a los chicos que jugaban en la glorieta, añadía:

—¡Qué triunfo tan completo, si yo pudiera injertar en esa gardenia paliducha la savia que le sobra a ese clavelillo reventón!...

Pero el injerto moral estaba hecho. Toñín había levantado el espíritu de Rosalía, infundiendo en su ser el calor y el entusiasmo de los juegos infantiles, que completan la labor del fisiólogo y hacen más eficaz la obra de la Naturaleza.

Las primeras brisas otoñales mecían con pausada cadencia las anchas copas de los árboles del huerto. Las dos extensas líneas de acacias y abedules que bordean el camino del *Castañar*, se deshacían lentamente en una lluvia de hojas amarillentas. Y allá, en las altas cumbres, el viejo invierno asomaba con deleite su cabeza blanca, extendiéndose en jirones de neblina húmeda y pegajosa hasta las estribaciones de la sierra. Parecían avanzadas de un ejército que se dispone a tomar posesión de sus dominios.

Ya las tribus de alondras tendían hacia el Oriente sus pujantes alas; ya la campiña, sin flores y sin hojas, aparecía envuelta en silencios de tristeza y de muerte.

El regreso a la ciudad, antes que acentuara sus crudezas la invernada que se venía encima con pasos de gigante, era ya cosa decidida. Los Ruilópez vol-

vían a Madrid sin las angustias de un nuevo fracaso. La chicuela estaba mejor. Había más luz y más vida en sus ojos, más agilidad en sus miembros y más alegría en su semblante.

Así que Toñín comenzó a observar preparativos de marcha, su aflicción no tenía límites. De tal suerte se habían encariñado aquellas criaturas, que la separación iba a costarles muchas lágrimas.

Cuando el chasquido de la fusta arreó a buen paso las mulas de la jardinera que conducía a los Ruilópez a la inmediata estación del ferrocarril, el pobre Toñín, llorando desesperadamente, corría y corría en pos de los viajeros hasta que, jadeante, con la camisilla desabrochada, enseñando sus ya curtidadas carnes amoratadas por los mordiscos del cierzo, dejóse caer sin fuerzas sobre uno de los montones de piedra que bordeaban la carretera, sintiendo todavía el eco dulce de aquella voz angelical, que seguía gritando:

—¡Yo quiero que venga Toñín!... ¡Yo quiero que venga Toñín!...

El llanto de Rosalía era ya una desesperación sin consuelo. Sus padres no encontraban frases con que disuadirla de aquel empeño tenaz.

—Pero, hija mía, ¿no ves que ese pobre muchacho no tiene ropa y se va a morir de frío en el camino?

Y sin atender a razonamientos, la niña seguía llo-
riqueando y repitiendo cada vez con más furia:

—¡Yo quiero que venga Toñín!...

Entonces, la madre de Rosalía, volviéndose hacia
el pescante, donde el mayoral seguía hostigando
con la fusta a las pobres bestias, ordenó resuelta-
mente:

—Al regresar a la finca diga usted al administra-
dor que compre un traje decente y cuanto necesite
ese muchacho, y que lo envíe a nuestra casa de
Madrid.

—
¡Y qué poco tardó el condenado del chico en ve-
nir hacia acá, trayendo al hombro el hatillo de ropa
con que le habían obsequiado los señores del *Cas-
tañar!*

Rosalía tuvo noticias de la llegada de Toñín, por
estas palabras de su padre:

—Ahí está ya ese golfillo... Puesto que te empe-
ñas, será tu lacayo.

—No, papá, no ha venido para eso... Será mi
amiguito. Yo quiero jugar con él, porque es muy
bueno...

—Pero, ¿cómo has de jugar con semejante mas-
tuerzo?... Esto ya es demasiado.

—Ya le mandarás tú al colegio para que aprenda. ¿Verdad, papaíto?... Y te advierto que es muy listo.

—Sí, hija de mi alma, sí. Irá donde tú quieras. Mientras estés enfermita, aquí no hay más voluntad que la tuya...

Torció el gesto el padre de Rosalía, más resignado que complaciente, y salió comenzando a preocuparse de las inclinaciones de la chiquilla y pensando en desentenderse de aquel rapaz inteligente y voluntarioso.

—

Desde entonces, Toñín apenas volvió a ver a Rosalía. Pero sabía que ésta preguntaba por él con insistencia.

Los Ruilópez, bajo pretexto de educar al chico, en realidad por alejarle de Rosalía, lo habían recluso en un colegio, sin esperar que diera gran cosa de sí aquel inocente prófugo de la selva.

Pero el chiquillo se aplicaba. Tenaz y voluntarioso, se aficionó pronto a los libros y prometía ser un hombre de provecho.

Rosalía volvió muchas veces al *Castañar*. Pero sus correrías matinales habían perdido su mayor encanto. Ya no estaba allí la alegría del valle, el que

le regalaba florecillas silvestres, aquel diablillo travieso que la elevó al rango de soberana entre pardiños y colorines.

A medida que Toñín se hacía hombre, se le iba despertando una gran afición a la escultura. Los Ruilópez veían el cielo abierto ante aquella ocurrencia del muchacho. Mientras la tirana viviera no había que pensar en que le faltara al escultor en ciernes una modesta pensión; y para eso, mejor se avenía a los propósitos de los Ruilópez enviar muy lejos de la voluntariosa heredera de un apellido ilustre y de una cuantiosa fortuna al travieso golfillo de la montaña.

La crisálida se iba trocando poco a poco en mariposa gentil... El pilluelo de la selva, trasplantado al bello país del Aventino, resultaba un artista genial. Y allí, lejos de Rosalía y de la patria, en la soledad de su estudio, ante aquel bloque de mármol que aguardaba el soplo del genio que le infundiera vida inmortal con los prodigios de la forma plástica, él, en sus largas vigilias de luchador infatigable, en sus extravíos de soñador inteligente, veía dibujarse, entre los nimbos de la soñada gloria, los contornos luminosos de una mujer ideal...

Pero al sentirse indigno de ella, lloraba, y sus lágrimas caían sobre sus párpados como el velo de un

pasado nebuloso, lleno de privaciones y de esperanzas.

Y, sin embargo, aquel pedrusco informe, gigantesco, que aparecía siempre ante el ignoto genio como un signo interrogativo, le alentaba en sus amargas, le sostenía en sus desfallecimientos y guardaba en sus recónditas entrañas el gran secreto de su triunfo que, al fin, había sido definitivo, indiscutible, colosal.

Al volver a su patria podría entrar con honores de vencedor en la morada de sus bienhechores. Pero allí, donde todo le era hostil, todo menos aquel ángel; donde al entrar purificaba todavía la viciada atmósfera de los salones con aires frescos de la montaña, seguía siendo el pilluelo del *Castañar*, y se sentía humillado, vencido ante aquellas gentes sin corazón que atormentaban a Rosalía preguntándole por su amigo el *paletó*. No comprendía que eran dignos de lástima aquellos jóvenes, decrépitos en flor, embrutecidos por la holganza, extenuados por la mollicie, condenados a paladear eternamente los amargos del hastío...

Y Rosalía los despreciaba. Sabía que odiaban en Toñín al representante de una clase social enemiga del convencionalismo y del privilegio; pero en el fondo le admiraban, como se admira al águila que se

ciérne en las alturas; le temían con el temor supersticioso que en las almas ruines infunde esa ola gigante que avanza, y avanza siempre amenazadora y terrible...

Por eso ella le quería. Lo miraba, y veía en la transparencia de sus ojos la franca hidalguía y el generoso ardimiento de una raza fuerte, abnegada y vigorosa.

Y por eso él, al sentirse acariciado por la mirada de Rosalía, asaltábale de improviso el impulso de arrojarle a sus pies, besar mil veces la mano generosa que le había redimido de la ignorancia y de la miseria, aquella mano amiga que le elevaba a su altura, seguro de arrancar de sus labios la frase que él había leído tantas veces en aquellos ojos dulces como los cantos de la montaña:

—Sí, te amo, te amo con toda el alma, porque eres bueno y mereces ser dichoso.

.

La Naturaleza, sintiendo en sus ocultos senos la mágica explosión que fecunda los campos y reverdece las ilusiones, se dispone a lucir sus mejores y más brillantes galas ante la felicidad de dos seres que se aman... El cielo se estremece de alegría ante la conjunción de dos almas que se adoran... En ellas triunfa el ideal y brilla con rosados matices la

radiante aurora del porvenir. El beso ardiente y fecundo del amor, será la expresión mínima, pero expresión al fin, de una obra cristiana, regeneradora y providencial.



INDICE

	<u>Páginas</u>
PRÓLOGO	5
OFRENDA	13

De mi gesta sentimental

Amores de ensueño	17
Flor del Romero.	20
Lo que es una lágrima.	23
Estrellas, flores, mujeres	27
Sombras de ocaso	29
El dolor de vivir.	32
Flor de juventud.	33
Nubes de estío	35
Tu voluntad es mi ley	37
Flores de ausencia	40
Nunca olvida el que bien ama	41
Las ilusiones (Alegoría)	42

Sonetos

Contrición.	49
El Cardenal Benlloch	51
Mi postal para el soldado.	52
Ante un retrato	53
Lo preferible	54
Triste consuelo	55
El ángel dormido	56
Amor que empieza...	57

Notas dispersas

Capullos de mi rosal	61
El inválido.	64
A una pecadora.	66
Injusticia social	68
Un consejo	70
Cantares	72
Horas de angustia	77
Galanterías rimadas.	79
Siluetas conocidas	87
A los soldados de San Marcial.	89

Perfiles de buen humor

El Carnaval	93
Memorial	97
Virtudes del olfato	101
La vocación	103

Versos de antaño

Andalucía	107
Sorpresas del destino	112
Un año más	120

El epílogo... en un cuento

Gardenias y claveles	133
--------------------------------	-----



OBRAS DEL MISMO AUTOR

Ocios literarios.—*Cuentos y poesías.*

Ellas y ellos.—*Bocetos y semblanzas.* (En colaboración).

Pepín.—*Novela.*

Siluetas y matices.—*Tipos y paisajes filipinos.*

Mareas vivas.—*Comedia dramática en tres actos.*

EN PREPARACIÓN:

El secreto de la dicha.—*Comedia en tres actos.*





ESTE LIBRO FUÉ IMPRESO EN BURGOS,
EN LOS TALLERES TIPOGRÁFICOS
DE RAFAEL Y. DE ALDECOA,
DURANTE EL CUARTO
MES DEL AÑO DE
MCMXXV

Precio: TRES pesetas

Para pedidos, en Burgos: Librería
del Centro Católico, Lala-Calvo, 16, y
Eusebio Rodríguez, Plaza Mayor, 49

51

WILHELM'S
DETRONING

OF
KING

OF SWITZERLAND